dregales de donde con dificultad salieron, y viendo una lumbre se fueron a ella; hallaron en una casa dos hombres y dos mujeres que los guiaron hacia las sierras, adonde Cortés descubrió los humos; y antes de amanecer dieron en unos lugarejos adonde fue mayor el espanto que el daño que hicieron, y llevando ya lengua, que allí cerca estaba Tzimpantzinco, lugar grande, dieron de presto en él, causando extraña alteración por el sobresalto. En el principio se hizo algún daño; pero viendo la gente amedrentada, unos en carnes huyendo, las mujeres gritando y los menos con armas, todos como de acaecimiento no pensado, turbados y espantados, huyendo sin aguardar el padre al hijo, ni el hermano al hermano, desampararon el pueblo. Fernando Cortés no viendo resistencia mandó que no se matase a nadie ni se tomase nada, y con señas y por la mejor manera que pudieron se sosegó el rumor y a la gente de el lugar se aseguró. Subió Cortés a un alto y descubrió tanta poblazón que le puso espanto, preguntó, qué era. Dijéronle que la gran ciudad de Tlaxcalla con sus aldeas, Llamó a toda su gente y dijo, que hubiera aprovechado matar la gente de Tzimpantzinco, pues había tanta allí y volviéndose a Alonso de Grado, que era alcalde mayor le dijo: que atento la muchedumbre de gente que descubrían, qué le parecía que hiciesen. Respondió, que retirándose a la mar, escribiesen a Diego Velázquez que enviase socorro, porque si les sobrevenía algún inconveniente (como sería enfermedad) no había duda sino que serían todos comidos de los indios. Mucho sintió Fernando Cortés esta respuesta, especialmente tocando en Diego Velázquez; pero díjole que advirtiese que en tratando de retirada las piedras les habían de ser contrarias y que si su muerte era cierta mejor era acabar llevando su intento adelante que huyendo.

CAPÍTULO XXXIV. *Que los de Tzimpantzinco se ofrecieron de hacer amistad entre Cortés y los de Tlaxcalla; y el razonamiento que hizo a los soldados por el alboroto que entre sí había, y pechos alterados con que andaban*

RECOGIÓSE FERNANDO CORTÉS a una fuente que estaba fuera del pueblo, adonde visto que no se hacía daño ninguno salieron los principales con mucha gente desarmada, llevando cantidad de comida; agradecieron a Cortés el no les haber hecho mal que pudiera. Pidieron que no se permitiese que se les hiciese alguno, ofrecieron de obedecerle y interceder con los señores de Tlaxcalla que se hiciese amistad entre ellos. Regalólos mucho, ofrecióles buena amistad como ellos se la guardasen y se volvió al alojamiento, alegre y confiado de buenos sucesos, diciendo a los soldados que no dijesen mal del día hasta que fuese pasado y que esperaba que la guerra de Tlaxcalla era acabada como verían; y que si así era Dios les tenía guardada mucha felicidad. Estaban los del ejército muy tristes, temiendo por el mal de los caballos algún desastre, que por muchas razones

juzgaban que podría haber acontecido a Fernando Cortés; pero cuando le vieron entrar por el real, alegre y arremetiendo el caballo con toda la gente buena y algunos de los indios de la tierra, todos con mucho regocijo acudieron a darle la bienvenida. Contóles por orden cuanto le había sucedido, oyéndole todos con gran atención y admiración; pero cuando se entendió la grandeza de la poblazón de Tlaxcalla, la multitud de gente porfiada y belicosa y considerando los acaecimientos desgraciados que podían sobrevenir, la poca esperanza de socorro con que se iban metiendo a ciegas (como ellos decían) por tierra no conocida y que desde que salieron de Cuba se habían muerto cincuenta y cinco castellanos (de enfermedades y en aquellas batallas de Tlaxcalla), comenzaban hacer corrillos determinando de persuadir y aun requerir a Fernando Cortés que mirase mejor por la pública salud y no los metiese adonde fácilmente no pudiesen salir, pues tan notorio era el peligro, ofreciendo de seguirle en mayores trabajos pero con fuerzas competentes, pues las que llevaba eran muy flacas en tan poderosa tierra. Los mayores amigos de secreto le aconsejaban que proveyese en ello sin esperar que la gente se le amotinase. Decía que no era tanto el temor como lo pintaban ni había causa para ello; y que los inventores de esto eran algunos deseosos de volver a las comidas de Cuba. Rogábales que no le llevasen tales nuevas pues que no podía creer tal flaqueza de pechos castellanos, especialmente habiendo hasta entonces tenido tan buenos sucesos. Una noche saliendo a rondar y visitar algunas centinelas, oyó hablar alto; escuchó que decían ciertos soldados: si el capitán es loco seamos nosotros cuerdos y digámosle claro que mire lo que conviene, donde no, que le dejaremos solo. Dijo a ciertos amigos que con él iban que quien aquello osaba decir que también lo osaría hacer; oyó lo mismo en otras partes de que le pesó mucho, quisiéralo castigar pero parecióle que era mejor pasarlo en disimulación; y porque fue avisado que el rumor crecía mandó juntar el ejército y hizo el siguiente razonamiento:

Señores, yo he sabido que no por miedo (pues en vosotros no puede caber) sino por el deseo de volver a Cuba o por la dificultad que os parece que tiene esta jornada deseáis que volvamos a la mar. Y cierto que si de este parecer no se siguiese nuestra perdición, y lo que peor es nuestra infamia, de buena gana concurriera en vuestra opinión porque, como todos los demás, siento la hambre, temo los peligros y los trabajos. Nombrástesme, señores, por vuestro capitán, y yo siempre he procurado de tratar a todos como amigo y compañero, no desamparando a nadie en los mayores trabajos y peligros; y pues que esto no se me puede negar, justo será que en lo que dijere se me dé crédito, pues que del bien o del mal que sucediere no me ha de caber menos parte que a cualquiera. Todos somos castellanos, vasallos de un mismo rey; hemos descubierto tierra, cual cristiano ni infiel jamás halló. Hemos comenzado a ilustrar la fama de Castilla y acrecentar el imperio de nuestro rey, y para nosotros tantas riquezas que de pobres todos seamos ricos y lo que más se debe estimar es desengañar a estos idólatras de su ceguedad y estirpar sus vicios, servicio a Dios tan acepto, que mal sería no poner el hombro con ánimo invencible a llevarlo adelante;

y si estas causas son bastantes para continuar en nuestra demanda, nadie ponga la imaginación en trabajos, pues es cierto que sin ellos nada bueno se consigue. Y pues que hasta ahora no tenemos de qué quejarnos, pues Dios nos ha dado tan grandes victorias, confiando en él que las aumentará, no le desirvamos con nuestra pusilanimidad sino prosigamos ensalzando a nuestro rey, extendiendo el nombre castellano con inmortal fama, acrecentando nuestro estado con mucha prosperidad, pues de lo contrario, infamia, menosprecio y vileza se nos ha de seguir y lo que peor es la muerte; pues esta gente bárbara y cruel que veis bien armada, lucida y mucha, como decís (y yo os lo confieso), en viendo que volvemos el pie atrás nos ha de perseguir hasta acabarnos y lo que es peor es que la que queda atrás nos ha de dar por las espaldas. Volvamos pues sobre nosotros, dejemos a una parte tan vil pensamiento y si es que hemos de morir sea inmortalizando nuestra fama y no infamando nuestras honras, aliende de que yo espero (y lo aseguro mediante Dios) que se verán los bienes que prometo de esta jornada, para la cual es muy necesaria la constancia en las cosas contrarias, porque significa grandeza de corazón y de fuerza y la moderación en las prósperas arguye ánimo superior a la fortaleza.

CAPÍTULO XXXV. *Que el rey de Mexico sabe las victorias de Cortés y le envía un gran presente; y que pelea otra vez con los de Tlaxcalla y le envían embajadores y se hace la paz; y las alegrías que se hicieron por ello*

ABIÉNDOSE YA MOTECUHZUMA desengañado por este tiempo de la falsa opinión que tenía de que nuestros castellanos eran dioses, y sabiendo ya de cierto que eran hombres como los demás y que venían entrando la tierra con ánimo de llegar a su ciudad, hizo otra vez junta de los de su consejo, entre los cuales se hallaron Cacama, rey de Tezcuco y Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, y tratóles de nuevo el caso y pidióles parecer sobre lo que se debía hacer acerca de ello; y aunque el rey Cacama debía hablar primero como en otras ocasiones acostumbraba, guardó respeto a Cuitlahuac por ser su tío, hermano de Motecuhzuma, y pidióle que dijese lo que sentía. El cual tomando la mano dijo que le parecía que se le enviase un gran presente a Cortés y que se le enviase a decir que mirase lo que quería de su tierra para aquel gran príncipe, su señor y que se le daría todo con mucha voluntad y que no sólo en lo presente sino también en lo por venir se le ofrecía mucha y muy buena amistad; pero que le pidiesen que no pasase a Mexico por inconvenientes que había y que se volviese con lo que se le diese y con esperanzas de recibir más otras veces que viniese, y con esto calló. Habló Cacama muy al contrario diciendo: muy alto señor, no contradigo ni repruebo lo que mi tío Cuitlahuatzin ha dicho, pero soy de parecer que enviases a mandar a los gobernadores y capitanes por donde